

Capítulo 42 “The promised land”

Domingo, 8 de septiembre de 2019

Comienza hoy mi peregrinaje por Tierra Santa. Ayer sábado 7, tomé el ALSA (7 h 30) que me lleva con mi vieja Ghost de Burgos al aeropuerto de Barajas. Coincidí con Vicente, compañero de trabajo y vecino de vestuario, y con María, administrativa de la gerencia de AP de Burgos y compañera de clases de baile. El viaje se me hizo corto charlando con mi compañera de asiento, maestra de Quintanar de la Sierra y residente en Burgos. Paso sin contratiempos el check-in de Iberia. Pago el suplemento de la bici (90 € ida y vuelta). Descanso un rato en la zona internacional de la T4S hasta la puntual salida del vuelo IB3316 con destino a **Tel Aviv**. Tras 4h 45' de plácido viaje a bordo de un monstruoso Airbus, gestiono con prontitud el control de pasaportes del aeropuerto Ben Gurion. Aviso a mis anfitriones, Arie y Evelyn, y tomo un taxi talla XL que me lleva a su casa. Allí me recibe su hijo Itai, 25 años, militar de profesión, instructor de instructores del Iron Dome, sistema de defensa móvil aérea de Israel. Buen conversador, charlamos hasta las 2 a.m. Cenamos comida vegana y duermo como un tronco hasta las 9 a.m. Hoy domingo comienzo la etapa muy tarde. Desayuno con Ariel, Evelyn llega más tarde cargada con la compra. Han estado dos semanas de vacaciones en Grecia. Monto la bici, me despido de Itai que ayer me regaló una frase muy bonita: “You should not exaggerate in anything but love”, curiosa viniendo de un militar israelí. Tomo el lunch, escucho los últimos consejos, me descargo la App mapy.cz y los mapas de Israel Jordania y Palestina que me sacarán de más de un apuro. Hago la compra en un súper cercano a precios españoles y enfilo el arcén de la N-44 atestada de tráfico hasta salir de Tel Aviv en dirección **Ramla**, km12. Tomo después la 424, más tranquila y estrecha. El paisaje urbano va paso a un entorno rural. Me detengo más de lo deseado para ajustar los cambios de la bici y se me hace de noche en una estación de servicio junto a un memorial bélico y el monasterio ortodoxo de Latrun, que cuenta con espacio picnic, toilets y todo lo necesario para asearme, cenar de lo mío y dormir bajo las estrellas.

Lunes, 9 de septiembre de 2019

He dormido fatal en mi chupano del monasterio de Latrun, blanco fácil de pulgas y mosquitos. El repelente no fue suficiente. Desayuno un té con galletas y fruta, gracias a la bombona de gas que me prestó Arie. Salgo por pistas de tierra junto a las ruinas de un castillo cruzado edificado por Ricardo Corazón de León y más tarde arrasado por Saladino. Pronto abandono el sendero marcado en blanco y azul para seguir paralelo, más o menos, a la N1. En el bosque cercano pueden verse monumentos memoriales a los caídos en varios conflictos; sin saberlo, pedaleo entre los confines del territorio acotado en el armisticio de 1949. En la bifurcación de Sha'ar Habay me veo obligado a tomar el arcén de la N1. ¡Craso error! En menos de 2 km un policía me echa el alto. Me insta a telefonar a un taxi para que venga a recogerme. No tengo el móvil cargado, ni moneda israelí. Convenzo al policía para que me permita circular por el arcén hasta la primera salida: **Shoreh**. Una segunda patrulla de policías se muestra más conciliadora, en un esfuerzo consciente porque me lleve una buena impresión. Para evitar más complicaciones, tomo un bus que por 7,20 shekels me lleva, con bici, a la estación central de **Jerusalén**. Una pasajera me cambia shekels por euros para poder pagar al conductor el importe del billete. ¡Qué buena gente! Lo primero que hago en la galería comercial de la estación es conseguir moneda

israelí. Como algo y pedaleo por la calle Jaffa hasta toparme con las murallas que delimitan la Ciudad Vieja. De camino me detengo en correos para enviar un par de postales a Rosalía y a mamá Milagros. Rodeo después la muralla fotografiándome frente a la imponente Puerta de Damasco. Desde la puerta siguiente, la de Herodes, parte la calle Salah-e-Din. En el número 22 encuentra el establecimiento regentado por la familia Hijazi. Me presento allí de parte de mi compañero de trabajo el Dr Badawi. Me obsequian con zumos y comida. Me despido agradecido de estos genuinos palestinos de Jerusalén y dedico al resto del día a patear la ciudad vieja, una vez acomodado en el hostel Hebrón, old city, 8 Aqabat, Souk el



Zeit. Casualmente es el mismo hostel que había reservado (y anulado) para la noche de ayer. Así pues, ya duchado y desembarazado de la bicicleta, que dormirá en la recepción, exploro el barrio musulmán, la Vía Dolorosa, el barrio judío, muro de las Lamentaciones incluido, el barrio armenio y el cristiano. En ningún momento consigo sellar la credencial. Si me emociono al pasar delante de la universidad de estudios sefardíes, pero me decepciona el llamado turismo religioso. Posiblemente hoy he recorrido más kms andando que en

bicicleta, pero Jerusalén bien vale una misa y en su defecto una buena caminata. Después de tanto trasiego, ceno un falafel extraordinario en una terraza extramuros frente a la Puerta de Damasco, y deambulo Vía Dolorosa arriba y abajo hasta encontrar finalmente el hostel. Me wasapeo con Rosalía mientras escribo estas memorias en un salón al que a última hora se acercan un grupo de ruidosos alemanes que se sientan a charlar y beber en la mesa de al lado, al más puro estilo Tarantino en “malditos bastardos” . Rechazo su invitación y me retiro a mis aposentos antes de que comiencen los tiros.

Martes, 10 de septiembre de 2019

Hoy comienzo el día paseando por la ciudad vieja de **Jerusalén**, y lo termino junto al Mar Muerto, dos puntos fuertes del viaje. Por la mañana temprano, dejo la bici en recepción, desayuno en la terraza del hostel Hebrón y callejeo por la intrincada trama urbana hasta el Muro de las Lamentaciones. De 7 h a 11 h es posible visitar la explanada de las mezquitas a través de un puente cubierto, tras pasar un riguroso control de seguridad. Las dimensiones de la plaza sobrecogen al viajero,



especialmente por la Cúpula de la Roca y Al Aqsa, dos grandes mezquitas del año 700 y que en conjunto conforman un waqf gestionado por musulmanes. Denominado por los judíos el Monte del Templo, es el lugar más sagrado del judaísmo al situarse aquí la historia bíblica del sacrificio de Isaac. Además es el tercer lugar más sagrado del Islam, tras la Meca y Medina. Los arcos de acceso parecen reutilizar columnas romanas. Tras la visita, vuelvo a la calle al

Wad por la puerta de la cadena. En una calle cubierta pueden observarse restos del



basamento del periodo antiguo de la ciudad, correspondiente al primer templo del siglo 5 aC. De vuelta en el hostel recupero la bici, me despido de Mustafá, el gerente del establecimiento, y empujo la bici por un atestada Vía Dolorosa. Compró en una tiendita un soberbio Casio A178 W para sustituir el que perdí en el aeropuerto de Madrid. Esquivo a turistas, religiosos y visitantes, logrando salir por una esplendorosa Puerta de Damasco. Hago compras extramuros y circunvalo la muralla perimetral hasta la calle Jericó, en el

valle. Resulta gracioso ver pedalear a un judío ortodoxo. La cuesta que asciende al monte de los Olivos se me antoja muy empinada, así que la evito por Jerusalén Este. Aquí el paisaje cambia: muros vigilados, checkpoints, registros policiales... ya no es todo tan amable. Debido al muro, me veo obligado a ascender la fuerte pendiente que precede al monte de los Olivos (826 m). Cerca de la ermita de la Ascensión, disfruto de una amplia panorámica sobre la ciudad santa. Paso frente a la Universidad Hebrea y descendiendo quemando frenos por una abrupta cuesta hasta la salida este de la circunvalación, en dirección Mar Muerto. Sin saberlo estoy pasando a Cisjordania, de ahí la presencia policial. Una patrulla me advierte que no debo tomar la única carretera que se dirige al mar muerto, sin facilitarme alternativas y ciclables. Como algo mientras intento digerir las malas noticias. En el descampado, un joven palestino saca un hermoso caballo árabe a pasear. Retrocedo hasta la patrulla policial en busca de alguna alternativa para salir de allí, y en esta ocasión sí que me aconsejan tomar el generoso arcén de la N1, por donde descenso casi ininterrumpidamente durante 31 km hasta la orilla del mar muerto, a 430 m bajo el nivel del mar. En **Mitzpe Yeriho**, muy próximo a la ciudad de Jericó, me detengo en la cota cero, rodeado de un portentoso paisaje rocoso. Inmortalizo el momento haciéndome unas fotos. Cerca, unos beduinos esperan con camellos ricamente enjaezados la llegada de turistas. Me aprovisiono de agua en la gasolinera de Almog. Será la primera y última vez que compro agua embotellada en este viaje. Al poco rato estoy pedaleando junto a la orilla palestina del Mar Muerto, en el lugar más profundo del planeta. Dejo tres playas a mi izquierda, cerca de **Kalya**, y a mi derecha las cuevas de Qumran donde aparecieron los Rollos del Mar Muerto. Pedaleo por la reserva natural de Einot Tzukim cada vez más cercado por los acantilados. El acceso tanto a la reserva como a la orilla del mar están prohibidos, en este último caso debido a la aparición cada vez más frecuente de simas que se abren en lo que otrora fuera fondo marino. Al final de un día frenético, encuentro chupano en un túnel bajo la carretera 90, en el lecho seco de un arroyo y frente a un paredón rocoso elegido por los escaladores locales para practicar su afición. El cauce pertenece al río Nahal Tmarin, pasada la población de **Avnat**. No estoy completamente solo; de un palmeral cercano llegan sonidos de maquinaria pesada.

Miércoles, 11 de septiembre de 2019

Primera jornada dedicada íntegramente a recorrer la orilla palestino-israelí del Mar Muerto. He dormido fresquito bajo la carretera 90, en un túnel con efecto Venturi, sobre el lecho seco del río Marín. Desecho la idea de recorrer a pie los acantilados próximos. Desayuno y a los pocos kilómetros supero sin dificultad el Check-point militar que me devuelve a territorio israelí. Ni siquiera miran mi documentación. Atrás quedó el desvío para Metsoke Dragot. Aún en territorio palestino supero un par de rampas antes de llegar a **Ein Gedi**, km 21. Desde los miradores se aprecia bien la depresión del Mar Muerto, continuación geológica del Valle del Rift (Mozambique-Turquía), de 6000 km de largo. Las playas con depósitos minerales otorgan a esta costa un aspecto único. Lástima que la ausencia casi total de aportación de agua del río Jordán, dedicado a regadíos, esté secando este mar a razón de un metro por año. De hecho, paso junto a una roca que luce una marca de hace 100 años, en el nivel donde llegaba el agua, que ahora se encuentra varios cientos de metros por debajo. En la reserva natural de Ein Gedi aprovecho una sombra para almorzar, recojo agua potable y fría y fotografía a unas cabras que se acercan a los turistas. No visito la reserva, en su lugar dejo atrás la casa del Parque y preguntando en una planta envasadora, me dirijo al pueblo cercano. Remonto una cuesta y paso el control de seguridad pertinente. Hago la compra en un comercio que tiene precios diferentes según seas vecino o no. Es lo habitual en un kibutz, comunidades agrícolas israelíes que desarrollan un tipo de vida comunal. El primero data de 1909 y están inspirados por una ideología sionista socialista. En 2001 había 267 kibutzim con una población total de 115.000 habitantes. De nuevo en el arcén de la N90 cruzo varios badenes sobre los lechos ahora secos de ríos como el Asa'el, el Mishmar, el Seelim o el Masada, badenes que se inundan en épocas de lluvias. El cercano yacimiento arqueológico de Masada, patrimonio UNESCO desde 2001, es visible desde la carretera y accesible mediante funicular o por sendas. Este lugar, una auténtica Numancia judía, posee gran carga simbólica para los nacionalistas judíos, al ser uno de los últimos episodios de afirmación nacional antes de la definitiva diáspora. Aquí se refugiaron los últimos zelotes allá por el 70 dC tras la caída de Jerusalén en la primera guerra judeo romana. Bajo un sol de justicia 41°C desecho la idea de visitar el complejo, y en su lugar pongo la directa y llego a **Ein Bokek**, la mejor playa pública a orillas del **Mar Muerto**. Me aprovecho de sus múltiples servicios: fuentes, duchas, WC, cambiadores. Por fin experimento la suspensión ingravida bañándome en las cálidas aguas del segundo lago más salado del planeta.

El primero está en Yibuti. De los hoteles cercanos se acercan turistas venidos de todos los rincones del mundo. Varios hablan español. Bien duchado y con ropa limpia, salgo del complejo con un trofeo: bolas de sal del fondo marino. Cuesta arriba, dejo atrás **Neve Zohar**, y me adentro en un paisaje industrial: Dead sea works. Son minas de potasas, bromuros, yeso y



sal, entre otros productos, israelíes y jordanas, ubicadas en la parte sur del mar Muerto. El anochecer me sorprende pasadas estas instalaciones. Busco y hallo refugio en un cañón rocoso cercano, a refugio de miradas indiscretas. Acampo junto a una gran roca, y descubro en las proximidades la osamenta de una cabra salvaje, distintivo totémico de mi chupano. Rodeado de un paisaje propio de una película de Indiana Jones y bañado por la tenue luz de una inmensa luna llena, me abandono en los brazos de Morfeo.

Jueves, 12 de septiembre de 2019

He pasado una noche fantástica en mi chupano-vivac cerca de los Dead sea works. Desayuno y comienzo una larga etapa en la que apenas cruzo poblaciones, y me abastezco de agua y viandas en gasolineras y áreas de descanso. Junto en una de estas áreas, **Sapir**, me llevo el mayor susto del viaje. Entro en un McDonald's bien refrigerado, y cuando me dispongo a libar una Coca-Cola fresquita, entra un hombre vestido de civil con una enorme metralleta colgada de la espalda. El resto de clientes del establecimiento ni se inmutan. Apenas repuesto de la impresión, retomo la ruta a buen ritmo ayudado por viento de espalda. Dejo a mi derecha varios kibutzim o moshabim como **Tsofar, Tsukim o Paran** y ya con muchos kilómetros en mis piernas me detengo a descansar en el complejo PK101, cerca de la Menuha junction. En sus mesas de madera como, recargo el móvil y tomo la sombra. El pequeño zoológico, reclamo de niños y turistas, me resulta un tanto bizarro. Cargado de agua y con poco tiempo de luz para encontrar chupano recorro veloz los 40 km que me separan del primer lugar pernorable: **Yahel**. A mi derecha se extienden campos de tiro de la aviación israelí y a mi izquierda la frontera con Jordania. Me instalo bajo una acacia frente a la población fortificada, en una zona de descanso frecuentada por camioneros que se limitan a aparcar en las proximidades al advertir mi presencia. De aquí parten varias rutas BTT marcadas.

Viernes, 13 de septiembre de 2019

Salgo temprano de mi oportunísimo chupano de **Yahel**, y me incorporo al arcén de la N90. Llevo a mi izquierda la frontera jordana, y a mi derecha, a lo lejos, se aísba la frontera egipcia. Como ayer, dejo atrás explotaciones agrícolas tipo invernadero y pequeños kibutzim: **Lotan, Ktura, Grofit, Yotvata, Samar o Elifaz**, cerca ya del Timna Park. Paso después frente al aeropuerto de Eilat y me cruzo con varios ciclistas de carretera, los primeros y últimos que me encuentro en este viaje, cerca de **Be'er Ora**. A la altura de **Eilat** me acerco hasta el puesto fronterizo Wadi Araba. Los israelíes me permiten cruzar con bicicleta; hasta las 20h, que cierran. Esta noche comienza el sabbath judío. Hago la compra en un supermercado a las afueras de **Eilat**. El aire acondicionado resulta delicioso. Me cruzo con clientes armados, y ya comienzo a verlo como algo natural. Me llego después a las playas, dotadas de todos los servicios ¡incluído Wi-Fi gratis! Curso fotos, me paseo todo el "lungomare", me doy un baño refrescante en las limpias aguas de la última playa pija, entre hamacas y sombrillas y clientes de hotel.



Almuerzo después en la playa hippie, que cuenta con merenderos, próximo ya a la frontera jordana. En el horizonte se recortan las siluetas de toda clase de embarcaciones: yates, buques de guerra y grandes mercantes. Desando ahora el camino de esta mañana hasta el puesto fronterizo, eso sí, esta vez con viento de cara. Pago la tasa de salida de Israel, 100 shekels, y avanzo hasta el puesto jordano, camuflado detrás del Duty Free. Armado de paciencia, espero a que hagan conmigo una excepción única y me permitan pasar a su país en bicicleta. La contraseña es "i'm gonna visit Petra", una de las principales fuentes de ingreso del país. Al contrario que los israelíes, me estampan un sello como un sol en mi pasaporte. No me cobran visa de turista, pero si debo contratar un taxi que me lleve al centro de [Aqaba](#). El resto del país es ciclable. Desembarco en el centro neurálgico de la ciudad, junto al puerto. La bici aguanta bien el traqueteo, medio metida en el maletero del taxi. Cambio moneda en una oficina cercana, un euro equivale a 0,75 dinares jordanos, casi 0,78 en el Downtown. Descubro el café con cardamomo jordano, hervido en arena caliente. Adquiero postales y sellos y una tarjeta telefónica para conectarme a internet. Ceno de restaurante: pollo y cordero a la brasa con entrantes como hummus, salsa de tajín y ensalada. Un amigo del vendedor de tarjetas me muestra en un mapa una playa tranquila donde dormir. Paso junto al [castillo de Aqaba](#) y coincido con dos españolas que terminan aquí su viaje por Jordania. Ya de noche, recorro los 10 km que me separan de [Al Yamaniyah](#), y no sin trabajos hallo chupano en un terraplén junto al mar, cerca del puerto, en terrenos de la Universidad de Aqaba. Sin encender luces, escondo la bici en una zanja, pero tapo con mi esterilla una boca de hormiguero, ganándome algún mordisco de sus desairadas moradoras. Me duermo siguiendo con la mirada la deriva de los buques mercantes del golfo de Aqaba mientras escucho el rumor de las olas en la playa cercana.



Sábado, 14 de septiembre de 2019

Hoy festividad de la Santa Cruz en Astudillo, me despierto junto al Golfo de Aqaba. Arie, mi anfitrión en Tel-Aviv, ya me advirtió de que los jordanos son famosos por su hospitalidad. Temprano, desayuno en la zona portuaria de [Al Yamaniyah](#). Ando escaso de agua así que me acerco a la terminal de pasajeros, donde me derivan al control aduanero. Allí un policía y un militar me permiten abastecerme de agua fresquita procedente de un tanque metálico. Pongo ahora rumbo al desierto de Wadi Rum. Desando el camino recorrido anoche hasta la entrada de Aqaba, donde giro a la derecha y me adentro en territorio jordano. Sigo una carretera en excelente estado y con un amplio margen. El cuestión que remonto hasta el barrio alto me recuerda al de Trieste. El arcén está muy sucio y un alambre se me atraviesa en la rueda de la bici, sin mayores complicaciones. Dejo a mi derecha una mezquita enorme y avanzo paralelo a una línea de ferrocarril. Después, la carretera siempre en ascenso se introduce en cañones pétreos. En la mediana dejo atrás un barco estilo Chanquete y después un control de policía. Sube que te sube, recojo dos piedras para ahuyentar a los perros abandonados, ladrones pero poco mordedores. Al pasar de la Gobernación de



Aqaba a la de Ma'an, cruzo un peaje aduanero. Termina aquí la zona especial de libre comercio, libre de aranceles. Tras **Al Hawwarah** llego a **Ar Rashidiya**, sin agarrarme a los camiones que se desplazan a una velocidad similar a la mía. Hago la compra en un colmado de esta humilde localidad. Desde aquí parte la carretera que se adentra en el desierto de Wadi Rum, también conocido como el Valle de la Luna, uno de los lugares más bellos del planeta, y Patrimonio de la Humanidad UNESCO. Los camellos pastan tranquilos. El paisaje se torna cada vez más

espectacular, con montañas ocre de formas inverosímiles y una arena roja prácticamente marciana. De hecho, aquí se han rodado además de Lawrence de Arabia películas como misión a Marte, Planeta rojo o The Martian. En **As Saliyah** observo una locomotora de vapor cuando llega Iván, madrileño, a los mandos de su 4x4. Me comenta cómo le va en Jordania. Ha venido a desconectar de su vida en Amman, donde la situación económica está muy complicada. Le acompaña un perro labrador precioso. Me regala 1,5 litros de agua embotellada y me pasa su número de teléfono por si necesito su ayuda. Me detengo ahora en las **Shakaria**, en el centro de la recepción de visitantes. Es un auténtico paraíso. Me aseo y limpio la ropa en el WC. Cargo el móvil al sol y como algo, mientras respondo a las preguntas de turistas venidos en autobuses de todo el mundo. Escribo memorias. Pago la entrada, 5 dinares, y me dirijo en bicicleta al Wadi Rum Village, justo a tiempo para escuchar la sobrecogedora llamada a la oración, amplificada en este estrecho cañón rocoso. Decido pernoctar al aire libre en medio de un paisaje marciano. Los beduinos de la tribu zalabia van y vienen, con camellos y 4x4, trayendo y llevando turistas a los campamentos instalados en los alrededores. Uno de ellos me advierte que no debo dormir en el desierto, otro quiere llevarme de gratis a su casa con jardín y si acaso, mañana hacer un tour con él. Lo cierto es que la bici se hunde en la arena y acampo a escasa distancia de la villa. Esta noche mágica bien merece el esfuerzo realizado hoy superando un fuerte desnivel. Ceno noodles y duermo como un bebé sin taparme demasiado, ya que la vejiga de agua extra ha vertido su contenido en la alforja, remojando el material de acampada.



Domingo, 15 de septiembre de 2019

De maravilla en maravilla y pedaleo porque me toca. Hoy cubro la distancia que hay entre Wadi Rum Village y Petra, una de las 7 maravillas del mundo moderno y la segunda que visito después del Coliseo de Roma. Comienzo la etapa temprano, ya que no deseo llamar la atención ni despertar recelos entre los beduinos que viven del turismo de haima. Desando el camino recorrido ayer coma pasando de nuevo por **Shakaria**, donde me aseo y descanso

un poco, ante la mirada estupefacta de un montón de turistas. En **As Saliyah** continúa inmóvil la fotogénica locomotora de vapor, y su pintoresca cafetería tipo “Bagdad café”. Repito compras en el badulaque de **Ar Rashidiya** y me incorporo al arcén de la N15 que siempre en ascenso pasa por **Al Humaymah al Jadidah** y por **Dibbat Hanut**. Descanso en la terraza de un bar de carretera cuando llega un camionero palestino y su amigo, que pasó gran parte de su vida exiliado en Perú. Dice sentirse palestino en Jordania, y jordano en Palestina. Historias del desarraigo. Una patrulla de tráfico me anima a continuar por la carretera principal, la Desert highway, hasta alcanzar el desvío de Petra por la Kings



highway, todavía carretera convencional N35. Cerca de un control policial, en una parada de autobús me tomo unas manzanas que alguien dejó allí para que se pudrieran, y converso con un taxista que aguarda a sus clientes. Esta carretera secundaria resulta ser una rompepiernas, por sus continuos toboganes. El paisaje es árido, a 1500 metros de altitud, con ruinas y campamentos beduinos diseminados al azar. Llego a **Al Rajif**, a tiempo para fotografiar a un camello maniatado que ofrece una foto

extraordinaria. Alcanzo la cota máxima en **Al Tayibe**, (El Bueno) excelente mirador sobre el terreno en que se asienta Petra. Hago la compra en una tienda donde intentan ayudarme sin éxito a encontrar alojamiento chupanero.

Me informan que las bolitas amarillas que encuentro en las cunetas son de azufre, para evitar plagas. En la localidad resulta imposible pernoctar, asaltado por miríadas de chiquillos curiosos. Así pues, decido volver a la carretera, ya de noche, y encontrar un lugar tranquilo a la salida del pueblo. Parapetado tras un montículo ceno y duermo al abrigo de miradas indiscretas. El lugar elegido resulta ser un yacimiento en pleno proceso de excavación. A esta altitud hace viento y humedad ¡por fin!. Aunque el rocío empapa el suelo me mantengo seco dentro del saco de dormir.

Lunes, 16 de septiembre de 2019

Breve etapa ciclista. Recorro 21 km cuesta abajo, vía **Ayn Amoun** hasta **Wadi Musa** (Valle de Moisés), la ciudad que da acceso a Petra.

En el centro de visitantes un policía turístico

me asegura que custodiará mi bicicleta. Me aseo en los WC, saco la entrada para un día, 50



dinares jordanos y dedico 8 horas a patear este magnífico enclave, sin llegar a terminar todas sus rutas.

Martes, 17 de septiembre de 2019

Etapa hoy de transición. Pedaleo un par de kilómetros por **Wadi Musa**, desde el huerto elegido para dormir hasta la estación de autobuses. El minibús para **Amman** comienza a ocuparse a las 7 am. Sale cuando se llena. Mi bicicleta ocupa, y paga, las cuatro plazas traseras, así que pago cinco billetes. El conductor elimina las manchas de grasa con un producto mágico. Tras una hora de viaje frenético llego a buena hora a la capital de Jordania. Con internet jordano he reservado plaza en el Sunrise hostel, el mismo que había reservado y anulado para la noche de ayer, como prueba de buena voluntad ante las autoridades jordanas. Desde la Estación Sur de autobuses hasta el Hostel, situado céntricamente, debo pedalear 8 km por esta ciudad enloquecida y cautivadora. Tras acomodarme y asearme, bajo desde el barrio pijo al downtown. Como en el restaurante El Cairo, delicias jordanas, y dedico el resto del día a patear los barrios populares y especialmente el parque del Teatro Romano.



Miércoles, 18 de septiembre de 2019

Madrugó en el Hotel Sunrise de **Amman** hasta el punto de sorprender a los dos recepcionistas del local durmiendo a pierna suelta detrás del mostrador. La app MAPI.cz me guía en mi salida por el distrito financiero y político primero, y por barriadas populosas más tarde. Eso sí, los vertiginosos descensos ponen a prueba mis pastillas chinas de frenos. Las traseras chirrían como un tren a punto de descarrilar. Avanzo ahora por pistas asfaltadas, en un paisaje mediterráneo, siempre en descenso hacia el río Jordán, como cantan los salmos. Unas higueras cargadas de frutos sacian mi apetito. El wadi shueib discurre por el subsuelo hasta unos 15 km del puesto fronterizo, donde surge la primera corriente natural de agua avistada en este viaje. Por algo estamos a finales de la temporada seca, que dura 8 meses. En el puesto fronterizo turco toca pagar tasa de salida, 10 JD, y otros 10 JD de autobús. La entrada de Israel cuesta otro tanto. Este segundo autobús me lleva finalmente hasta Jericó, la ciudad habitada ininterrumpidamente más antigua del mundo (10000 años). Antes debo cruzar el puente Allenby, recuerdo vergonzoso de niñez de mi compañero de trabajo. El calor resulta sofocante aquí, a 200 m bajo el nivel del mar. En la parada de



taxis nadie puede llevarme tan lejos como el lago de Tiberíades. Debo replantearme mi plan de viaje, porque no me da tiempo a recorrer en bicicleta el recorrido inicial. Poco a poco descubro que no estoy en Israel, sino en la Cisjordania palestina, y quizás los taxistas palestinos tengan restringidos sus movimientos. Pedaleo hasta el centro de **Jericó**, animada ciudad donde descubro más bicicletas y carriles bici que en el resto del viaje. Si bien es cierto que la mayoría de las bicis son autopropulsadas eléctricamente. Además de bicis y de multitud de puestos de venta de dátiles, encuentro una oficina de turismo, rara avis en Palestina. Allí me facilitan un callejero de la ciudad, con 10 puntos de interés. Paso frente a alguno de ellos, como el museo ruso, pero a estas horas está ya todo cerrado. Un taxista me aconseja pernoctar en el hostel Sami, en el campamento de refugiados Aqabat Jabr. Por 10 € tengo Wi-Fi, ducha, etcétera. Así pues sigo al taxista hasta el hostel, y tras la ceremonia del té me acomodo en mis aposentos, arreglados por una joven alemana que está estudiando árabe. Su anterior destino fue el Líbano. Tras el descanso salgo a cenar shawarma palestino y de postre un par de helados de hielo. En esta ciudad suburbial me encuentro con la comunidad más acogedora que he conocido en mis viajes. Me retiro a dormir con la sensación de haber acertado plenamente y la firme determinación de continuar mi viaje por el corazón de Palestina

Jueves 19 de septiembre de 2019

Etapas cortas y duras. Pedaleo primero por las calles de **Jericó**, dejando al bueno de Sammy, gerente del hostel, dormido en su diván. La alemana hacendosa se despide de mí. Intento encontrar sin éxito el palacio de Herodes, y eso que paso junto a él. Fotografío de cerca el monasterio de la Tentación erigido sobre la cueva donde Jesús pasó 40 días de ayuno, ya identificado por Elena de Constantinopla como lugar sagrado en el 326 dC. Es accesible por escaleras o en teleférico.



Adquiero unos dátiles extraordinarios en un puesto callejero donde converso con varios escolares. Es tiempo ya de abandonar esta histórica ciudad en busca de Ramala. La carretera 449 asciende desde el valle del Jordán hasta los 650 metros de altitud, ascensión que con estas temperaturas se hace muy dura. Frente a Mevo'ot Yericho paso frente a una fortaleza israelí y poco después coincido con una patrulla de jóvenes militares. Dejo a mi izquierda dos asentamientos beduinos muy humildes, mientras sobrevuela la zona un gran bombardero en dos ocasiones. Me veo obligado a parar a descansar y comer algo ¡benditos dátiles! Y por fin alcanzo **Dar Faza'ar** en el cruce con la 458. He llegado hasta aquí gracias a la latilla de sardinas de emergencia y el pan comprado ayer. Me detengo a suplicar agua en lo que parece un bar de carretera y resulta ser una congregación de palestinos. A cambio les dejo dos sobres de Tang para los niños del lugar. Me invitan a un té y me muestran sobre el mapa cómo llegar a Ramala. Mientras tanto los militares israelíes han montado un control en el cruce creando una bonita retención. Nadie se impacienta, son las normas y hay armas de por medio. Superado el control, la carretera de **Taibe** está desaconsejada a los ciudadanos israelíes, y ni siquiera



google maps registra mi paso por aquí. Esta localidad cuenta con varias iglesias cristianas, y una placa muestra la conexión con el Ayuntamiento de Zaragoza. Los vecinos son muy amables y un muchacho me empuja en las cuestas gracias a su patinete eléctrico. **Dayr Jarir** también se encuentra en alto. Desciendo ahora a **Ofra**, pueblo israelí fortificado y cruzo bajo la N60 para vía **Ein Yabrud y Beitin** entrar finalmente en **Ramallah**, que significa “monte de Alá”. Situada a tan solo 15 km al NO de Jerusalén, el acceso a esta ciudad está terminantemente prohibido a los ciudadanos israelíes.

El ejército palestino controla los accesos de la capital de facto del estado palestino, sede de Muqatsa donde se encuentra el gobierno provisional de la Autoridad Nacional

de Palestina, encabezada por Mahmoud Abbas. Recorro una amplia avenida que me deja cerca de la plaza de Al Manara, centro neurálgico de la ciudad y atestado de gente.

Entro a cenar en un restaurante con Wi-Fi. No consigo internet pero sí saciar mi apetito por unos shekels. El menú: pollo con patatas. La app mapy.cz me saca del apuro una vez más al conducirme offline al cercano hostel in Ramallah, que afortunadamente cuenta con camas libres. me atiende una joven alemana con ganas de practicar español. Los precios comienzan en 50 shekels. Situado en un edificio de varios pisos, interiores y pasillos están decorados con pocos medios y buen gusto. Tras la ducha me doy una vuelta por la ciudad cuyo ritmo comienza a descender. Comienza el día sagrado para los musulmanes. Aún así me da tiempo a adquirir fruta en el mercado, pero no a cambiar moneda jordana. Al volver al hostel wasapeo con Agustín, que curioso, quiere conocer detalles de esta aventura.

Viernes, 20 de septiembre de 2019

Hoy comienza temprano el día más intenso de mi viaje por tierra santa. Mi reserva en el hostel “in **Ramallah**” incluye desayuno. Lo tomo en la terraza del piso superior, con magnificas vistas a una ciudad que se despierta, perezosa, en su día de descanso semanal. Me despido de los responsables y de los pocos clientes. La bicicleta ha dormido candada en el patio. Enjaezada de nuevo, busco la salida de la ciudad. Menudo apuro cuando descubro cerrado el check-point por el que entré ayer. Los coches que me preceden se dan la vuelta, pero yo, corto y muy perezoso, la cruzo por la mediana, mirando hacia atrás por si surge alguna bala perdida. Sin percances, paso por **Beitin** y asciendo hasta **Ein Yabrud**, paralelo a la N60. Me incorporo al arcén y desciendo por **Sinjil** y **Eli**. Me detengo junto a una higuera para saciar mi apetito. Continúo por **As Samiya, Kfar Tapuach y Huwara**. Descanso en la parada de autobús del cruce con la 555, la carretera que conduce al campamento de Balata y posteriormente a **Nablus**, área A de exclusión de Israel. La ciudad está administrada por la Autoridad Palestina desde 1994. Su nombre deriva del griego Neapolis y caminar por su centro significa retroceder varios siglos en el tiempo. Ciudad de esplendoroso pasado, en la ruta entre Damasco y Medina, se vio favorecida durante la dominación otomana. Antaño contó con 32 fábricas de jabón y 400 telares y sus productos se exportaban a todo el Oriente Medio. Los vecinos me gritan Welcome! y Thank you for visiting us!, mientras los imanes dirigen los rezos en las mezquitas. Converso con varias personas, pruebo delicias locales en un badulaque en el que me guardan la bici mientras visito una fábrica de jabones

próxima al teatro romano. Compro una pastilla de jabón y prometo a Maher enviarle una bandera española. Completamente enamorado de esta ciudad y de sus gentes, pongo rumbo a la salida norte. Debo remontar una fuerte pendiente en la que me caigo de maduro. la carretera de Rafidia se cruza perpendicularmente con la N64 y continúa en dirección oeste por Kdumim y Al Funduq. Entre Karnei Shomron y Azzun afano una granada. El sol comienza ya a ponerse cuando salgo de Cisjordania por el Checkpoint de Qalqilya sin dificultades. Entro en Kfar Saba por carretera vedada a ciclistas. Anochece en el barrio de Ra'anana antes de enfilar una larga recta que se antoja interminable. Finalmente llego a la playa del Apollonia National Park en pleno National Trail. Me doy un baño increíble bajo la luz de la luna, en las cálidas aguas del Mediterráneo. No faltan duchas ni pediluvios de agua dulce. Ceno algo caliente y me tumbo a contar estrellas. Me despiertan en plena noche pescadores de extrañas artes y a primera hora los primeros paseantes.



Sábado, 21 de septiembre de 2019

Tan solo me restan 30 km de viaje en territorio israelí para finalizar un viaje inolvidable, lleno de aventuras y en el que me he sentido igualmente bien acogido por israelíes y palestinos y jordanos. Dejo atrás la playa del Apollonia National Park e intento seguir el National trail sin éxito. Afortunadamente, un ciclista se presta a guiarme. Juntos bordeamos la costa dejando atrás playas, resorts, viejos puertos, centros comerciales e incluso un viejo aeropuerto. Ya en las proximidades de Jafa, la old city de Tel Aviv, mi guía se despide. A mi pregunta de ¿cómo puedo pagarte este favor? me responde “¡Cuando vuelvas a tu país, habla bien del mío!” Pedaleo por el puerto y las callejuelas de Jaffa. Me tomo una cerveza fresquita y whatsapppeo con Arie que me espera en casa. No resulta complicado encontrarla en el barrio de Azor. Me reencuentro con Arie, Evelyn y su hijo Itay. Descanso, como, empaqueto la bicicleta. Se empeñan en llevarme de madrugada al aeropuerto Ben Gurion en coche y para colmo me regalan una botella de vino blanco marca Zion. Espero devolverles su hospitalidad en alguna ocasión. Nunca olvidaré a estas personas de gran corazón y que incomprensiblemente desconocen la mitad de su pequeño país al tener prohibida o desaconsejada la entrada en las zonas A y B de Palestina. Paso



algunos apuros en el control de seguridad pero finalmente toma a tiempo mi vuelo de Iberia con destino a Madrid.